

MATERIAL DE ESTUDIO.

INSTINTO DE NACIONALIDAD.

JOAQUIM MARIA MACHADO DE ASSIS.

Cita:

JOAQUIM MARIA MACHADO DE ASSIS (2000). *INSTINTO DE NACIONALIDAD*. MATERIAL DE ESTUDIO.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/carlospasero/15>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pfhd/qpT>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

JOAQUIM MARIA MACHADO DE ASSIS
(Río de Janeiro, 1839-1908)

INSTINTO DE NACIONALIDAD

(Ensayo)

Traducción:
Carlos Alberto Pasero (FFYL-UBA)



2000

INSTINTO DE NACIONALIDAD (1)

Quien examina la actual literatura brasileña reconoce enseguida, como primer trazo, cierto instinto de nacionalidad. Poesía, novela, todas las formas literarias del pensamiento buscan vestirse con los colores del país, y es innegable que semejante preocupación es síntoma de vitalidad y futuro prometedor. Las tradiciones de Gonçalves Dias, Pôrto Alegre e Magalhães (2) son continuadas, de este modo, por la generación ya formada y por la que aún emerge, del mismo modo que aquéllos continuaron las de José Basílio da Gama y Santa Rita Durão (3). No es necesario puntualizar la ventaja de este universal acuerdo. Al interrogar la vida brasileña y la naturaleza americana, prosistas y poetas encontrarán allí un rico manantial de inspiración y darán fisonomía propia al pensamiento nacional. Esta otra independencia no tiene su siete de setiembre ni su campo de Ipiranga (4); no se hará en un día sino, pausadamente, para surgir más duradera. No será obra de una generación ni de dos. Muchas trabajarán hasta conformarla totalmente.

Se siente ese instinto hasta en las manifestaciones de la opinión, por otra parte, mal formada todavía, restringida en extremo, poco solícita, y aún menos apasionada por estas cuestiones de poesía y literatura. Hay en ella un instinto que lleva a aplaudir principalmente las obras que traen los toques nacionales. La juventud literaria, sobre todo, hace de este punto una cuestión de legítimo amor propio. No todos esos jóvenes habrán meditado los poemas *Uruguai* y *Caramuru* (5) con la atención que tales obras merecen, pero los nombres de Basílio da Gama y de Durão son citados y amados, como precursores de la poesía

brasileña. La razón es que ellos buscaron en torno de sí los elementos de una poesía nueva y dieron los primeros trazos de nuestra fisonomía literaria. Mientras que otros, Gonzaga (6) por ejemplo, respirando sin embargo los aires de la patria, no supieron desligarse de las ataduras de la Arcadia (7) ni de los preceptos de la época. Se admira en ellos el talento, pero no se les perdona el cayado y la pastora. Y en esto hay más error que acierto.

Si las condiciones de este escrito lo permitieran, no asumiría yo la defensa del mal gusto de los poetas arcádicos ni el fatal estrago que esa escuela produjo en las literaturas portuguesa y brasileña. No me parece justa, sin embargo, la censura a nuestros poetas coloniales, contagiados de ese mal. Ni igualmente justa la de no haber trabajado para la independencia literaria, cuando la independencia política yacía aún en el vientre del futuro, y ante todo, cuando entre la metrópolis y la colonia la historia había creado la homogeneidad de las tradiciones, de las costumbres y de la educación. Inclusive las obras de Basílio da Gama y de Durão quisieron ostentar cierto color local antes que tornar independiente la literatura brasileña, literatura que no existe aún, que recién ahora podrá ir arboreciendo.

Una vez reconocido el instinto de nacionalidad, que se manifiesta en las obras de estos últimos tiempos, convendría examinar si poseemos todas las condiciones y motivos históricos de una nacionalidad literaria. Esta investigación (punto de divergencia entre los literatos), además de superior a mis fuerzas, daría como resultado el llevarme lejos de los límites de este escrito. Mi objetivo principal es comprobar el hecho

actual. Ahora bien, el hecho actual es el instinto del que hablé, el general deseo de crear una literatura más independiente.

La aparición de Gonçalves Dias llamó la atención de las musas brasileñas hacia la historia y las costumbres indígenas. *Os Timbiras, I-Juca-Pirama, Tabira* (8) y otros poemas del egregio poeta encendieron las imaginaciones. La vida de las tribus, vencidas hace mucho por la civilización, fue estudiada en las memorias que nos dejaron los cronistas, e interrogadas por los poetas, extrayendo todos algo, ya un idilio, ya un canto épico.

Hubo después una especie de reacción. Comenzó a prevalecer la opinión de que toda la poesía no residía en las costumbres semi-bárbaras anteriores a nuestra civilización, lo que era verdad. Y no tardó el concepto de que nada tenía que ver la poesía con la existencia de la raza extinta, tan diferente de la raza triunfante, lo que parece un error.

Es cierto que la civilización brasileña no está ligada al elemento indígena, ni que de él recibió influjo alguno; y esto basta para no ir a buscar entre las tribus vencidas los títulos de nuestra personalidad literaria. Pero si eso es verdad, no es menos cierto que todo es materia de poesía, una vez que traiga las condiciones de lo bello o los elementos de que se compone. Aquellos que, como el Sr. Varnhagen (9), niegan todo a los primeros pueblos de este país pueden, lógicamente, excluirlos a éstos de la poesía contemporánea. Me parece, no obstante, que, luego de las memorias que a este respecto escribieron los Srs. Magalhães y Gonçalves Dias (10), no es lícito hacer a un lado el elemento indígena de

nuestra actividad intelectual. Error sería constituirlo en exclusivo patrimonio de la literatura brasileña. Igual error sería, ciertamente, su absoluta exclusión. Las tribus indígenas, cuyos usos y costumbres João Francisco Lisboa (11) cotejaba con el libro de Tácito y los encontraba tan semejantes a los de los antiguos germanos, desaparecieron, es verdad, de la región que por tanto tiempo fuera suya. Pero la raza dominante que las frecuentó recogió informaciones preciosas y nos las transmitió como verdaderos elementos poéticos. La piedad, a falta de otros elementos de mayor valía, debiera al menos inclinar la imaginación de los poetas hacia los pueblos que primero bebieron los aires de estas regiones, asociando a la literatura a los que la fatalidad de la historia divorció.

Ésta es hoy la opinión triunfante. Ya en las costumbres puramente indígenas, como las vemos en *Os Timbiras*, de Gonçalves Dias, o ya en la lucha del elemento bárbaro con el civilizado, la imaginación literaria de nuestro tiempo ha ido a buscar algunos cuadros de singular efecto, de los que citaré, por ejemplo, la *Iracema* (12), del Sr. José de Alencar (13), una de las primeras obras de este fecundo y brillante escritor.

Luego de comprender que no está en la vida indígena todo el patrimonio de la literatura brasileña, sino apenas un legado, tan brasileño como universal, no se limitan nuestros escritores a esa sola fuente de inspiración. Las costumbres civilizadas, ya sea de la época colonial, ya sea de la actual, ofrecen igualmente a la imaginación, buena y amplia materia de estudio. No en menor medida los invita la naturaleza americana, cuya magnificencia y esplendor naturalmente desafían a

poetas y prosistas. La novela, sobre todo, se apoderó de todos esos elementos de invención, a lo que debemos, entre otros, los libros de los Srs. Bernardo Guimarães, que brillante e ingenuamente nos pinta las costumbres de la región donde nació, J. de Alencar, Macedo, Sílvio Dinarte (Escragnolle Taunay), Franklin Távora, y algunos otros más. (14)

Debo agregar que en este punto se manifiesta, a veces, una opinión que tengo por errónea: es la que sólo reconoce espíritu nacional en las obras que tratan de asunto local, doctrina que, de ser exacta, limitaría mucho los recursos de nuestra literatura. Gonçalves Dias, por ejemplo, con poesías propias sería admitido en el panteón nacional. Si exceptuáramos *Os Timbiras*, los otros poemas americanos, y cierto número de composiciones, pertenecen sus versos por el tema a la humanidad toda, cuyas aspiraciones, entusiasmo, flaquezas y dolores generalmente cantan; y excluyo las bellas *Sextilhas de Frei Antão*, que esas pertenecen únicamente a la literatura portuguesa, no sólo por el argumento que el poeta extrajo de los historiadores lusitanos, sino hasta por el estilo que él hábilmente hizo anticuado. Lo mismo sucede con sus dramas, ninguno de los cuales tiene por escenario al Brasil (15). Iría lejos si tuviera que citar otros ejemplos de casa, y no acabaría si fuera necesario recurrir a los extraños. Pero, puesto que esto va a ser impreso en tierra americana e inglesa, preguntaré simplemente si el autor de *Song of Hiawatha* no es el mismo autor de la *Golden Legend* (16), que nada tiene de la tierra que lo vio nacer, y cuyo cantor admirable es. Y preguntaré, además, si *Hamlet*, *Otelo*, *Julio César*, *Romeo y Julieta* tienen algo que ver con la historia inglesa o con el territorio británico y

si, no obstante, Shakespeare no es, además de un genio universal, un poeta esencialmente inglés.

No hay duda que una literatura, sobre todo una literatura naciente, debe principalmente alimentarse de los asuntos que le ofrece su región; pero no establezcamos doctrinas tan absolutas que la empobrezcan. Lo que se debe exigir del escritor, ante todo, es cierto sentimiento íntimo que lo covierta en hombre de su tiempo y de su país, aún cuando trate asuntos remotos en el tiempo y en el espacio. Un notable crítico de Francia (17), analizando hace tiempo a un escritor escocés, Masson, con mucho acierto decía que del mismo modo que se podía ser bretón sin hablar siempre del tojo, así Masson eran bien escocés, sin decir ni una palabra del cardo, y explicaba el dicho agregando que había en él un *scotticismo* interior, diverso y mejor que si fuera apenas superficial.

Estos y otros puntos le cabrían a la crítica establecerlos, si tuviéramos una crítica doctrinaria, amplia, elevada, semejante a como es en otros países. No la tenemos. Hay y ha habido escritos que tal nombre merecen, pero son raros, espaciados, sin la influencia cotidiana y profunda que debieran ejercer. La falta de una crítica así es uno de los mayores males de que padece nuestra literatura. Es menester que el análisis corrija o anime a la invención, que los puntos doctrinales e históricos se investiguen, que las bellezas se estudien, que los defectos se señalen, que el gusto se purifique y eduque y se desarrolle y camine a los altos destinos que le esperan.

LA NOVELA

De todas las variadas formas, las más cultivadas, actualmente, en el Brasil son la novela y la poesía lírica. La más apreciada es la novela, como, además, sucede en todas partes, creo yo. Son fáciles de percibir las causas de esta preferencia de la opinión, y por eso no me detengo en apuntarlas. No se hacen aquí (hablo siempre genéricamente) libros de filosofía, de lingüística, de crítica literaria, de crítica histórica, de alta política, y otros por el estilo, que en diferentes países encuentran fácil acogida y buenos rendimientos. Raras son aquí esas obras y escaso el mercado para ellas. La novela, puede decirse, domina casi exclusivamente. No hay en esto motivo de admiración o de censura, tratándose de un país que apenas entra en la primera juventud, y ésta no nutrida aún de sólidos estudios. No significa desmerecer la novela, obra de arte como cualquier otra y que exige, de parte del escritor, cualidades considerables.

Aquí la novela, como tuve ocasión de decir, busca siempre el color local. La sustancia, no menos que los accesorios, reproducen generalmente la vida brasileña en sus diferentes aspectos y situaciones. Naturalmente, las costumbres del interior son las que conservan mejor la tradición nacional. Las de la capital del país, y en parte, las de algunas ciudades, mucho más próximas a la influencia europea, traen ya un aspecto mezclado y ademanes diferentes. Por otro lado, adentrándonos en la época colonial, vamos a encontrar una sociedad diferente y, de entre los libros en que es tratada, hay algunos de real mérito (18).

No les faltan a algunos de nuestros novelistas cualidades de observación y análisis, y un extranjero no familiarizado con nuestras costumbres encontrará muchas páginas instructivas. De la novela puramente de análisis, rarísimo ejemplar tenemos, ya sea porque por nuestra índole no tenemos inclinación a ello o porque, tal vez, sea esta clase de obras aún incompatible con nuestra adolescencia literaria.

La novela brasileña se recomienda esencialmente por los toques del sentimiento, los cuadros de la naturaleza y de costumbres y cierta vivacidad de estilo muy adecuada al espíritu de nuestro pueblo. Hay, en verdad, ocasiones en que esas cualidades parecen salir de su medida natural, pero, por regla general, se conservan puras de censura, apareciendo, inclusive, muchas cosas interesantes y realmente bellas. El espectáculo de la naturaleza, cuando el argumento lo pide, ocupa notable lugar en la novela y brinda páginas animadas y pintorescas; y no las cito por no apartarme del objeto exclusivo de este escrito, que es indicar las excelencias y los defectos del conjunto, sin detenerme en pormenores. Hay buenas páginas, como digo, y creo que, hasta un gran amor a ese recurso de la descripción, excelente, sin duda, pero, como dicen los maestros, de mediano efecto si no sobresalen en el escritor otras cualidades esenciales.

En lo que respecta al análisis de pasiones y caracteres son mucho menos comunes los ejemplos que pueden satisfacer a la crítica. Hay algunos, sin embargo, de mérito incontestable. Ésta es, en verdad, una de las partes más difíciles de la novela y, al mismo tiempo, de las más importantes. Naturalmente, exige de parte del escritor dotes nada

vulgares de observación, que, aún en literaturas más adelantadas, no abundan ni forman parte del mayor número.

Las tendencias morales de la novela brasileña son generalmente buenas. No todas las novelas serán del principio al fin irrepreensibles. Algo habrá que una crítica austera podría apuntar y corregir. Pero el tono general es bueno. Los libros de cierta escuela francesa, aunque muy leídos entre nosotros, no contaminaron la literatura brasileña ni siento en ella tendencias a adoptar sus doctrinas, lo que es ya notable mérito. Las obras de las que hablo fueron aquí bienvenidas y festejadas, como huéspedes, pero no se aliaron a la familia ni tomaron el gobierno de la casa. (19) Los nombres que principalmente seducen a nuestra juventud son los del período romántico. Los escritores que se van a buscar para hacer comparaciones con los nuestros (porque hay aquí mucho amor a esas comparaciones) son aún aquellos con los que nuestro espíritu se educó, los Víctor Hugo, los Gautier, los Musset, los Gozlan, los Nerval.

Libre por ese lado, la novela brasileña no lo está menos de tendencias políticas y, generalmente, de todas las cuestiones sociales, lo que digo no por elogiar ni tampoco censurar sino, únicamente para atestiguar el hecho. Esta clase de obras se conserva aquí en el puro dominio de la imaginación, desinteresada de los problemas del día y del siglo, ajena a las crisis sociales y filosóficas. Sus principales elementos son, como dije, la pintura de costumbres, la lucha de las pasiones, los cuadros de la naturaleza, algunas veces el estudio de los sentimientos y de los caracteres. Con esos elementos, que son fecundísimos, poseemos ya una galería numerosa y, en muchos sentidos, notable.

En el género cuento, a la manera de Henri Murger, o a la de Trueba, o a la de Charles Dickens, que tan diversos son entre sí, ha habido tentativas más o menos felices, aunque raras. Cabe citar, entre otros, el nombre del Sr. Luís Guimarães Júnior (20), igualmente folletinista elegante y jovial. Es género difícil, a despecho de su aparente facilidad. Y creo que esa misma apariencia le perjudica ya que aleja a los escritores, y el público no le da, pienso yo, toda la atención de la que es muchas veces merecedor. (21)

En resumen, la novela, forma extremadamente apreciada y ya cultivada con alguna extensión, es uno de los logros de la presente generación literaria. No todos los libros, repito, escaparían a una crítica minuciosa y severa, y si la tuviéramos en condiciones regulares, creo que los defectos se corregirían y las buenas cualidades adquirirían mayor realce. Hay generalmente imaginación vivaz, instinto de lo bello, ingenua admiración de la naturaleza, amor a las cosas patrias y, además de todo esto, agudeza y observación. Buena y fecunda tierra, ya dio frutos excelentes y los ha de dar en muy mayor medida. (22)

LA POESÍA

La acción de la crítica sería eficaz, sobre todo, en relación con la poesía. De los poetas que aparecieron en el decenio de 1850 a 1860, a unos los llevó la muerte aún en la flor de la edad, como Álvares de Azevedo, Junqueira Freire, Casimiro de Abreu (23), cuyos nombres

provocan en nuestra juventud legítimo y sincero entusiasmo, y, del mismo modo, otros de no menor valía. Los que sobrevivieron han acallados sus liras. Y si unos volvieron su atención a otro género literario, como Bernardo Guimarães (24), otros viven de los laureles obtenidos, si es que no preparan obras de mayor aliento, como se dice de Varela (25), poeta que ya pertenece al decenio de 1860 a 1870. En este último período aparecieron otras vocaciones, y numerosas, y basta citar a un Crespo, un Serra, un Trajano, un Gentil-Homem de Almeida Braga, un Castro Alves, un Luís Guimarães, un Rosendo Moniz, un Carlos Ferreira, un Lúcio de Mendonça (26), y tantos más, para mostrar que la poesía contemporánea puede dar mucho. Si alguno de estos, como Castro Alves, pertenece a la eternidad, sus versos pueden servir y sirven de incentivo a las vocaciones nacientes.

Ya que me compete referirme a lo que pienso de la actual poesía, me circunscribiré sólo a los poetas de más reciente aparición. Me referiré en especial a una escuela actualmente dominante, cuyos defectos me parecen graves, cuyas dotes, valiosas, y que podrá dar mucho de sí en el caso de adoptar la necesaria enmienda.

No le faltan a nuestra poesía actual fogosidad ni estro. Los versos publicados son generalmente ardientes y traen la marca de la inspiración. No insisto en el color local. Como dije más arriba, todas las formas lo revelan con resultados más o menos brillantes. Me basta con citar, en este caso, dos obras recientes, las *Miniaturas* de Gonçalves Crespo y los *Quadros* de Joaquim Serra (27), versos característicos de los defectos que voy a señalar. Agregaré que también no falta a la poesía

actual el sentimiento de la armonía exterior. ¿Qué le hace falta entonces? ¿De qué peca la generación presente? Le falta un poco más de corrección y gusto. Peca de intrepidez, a veces, en la expresión, de impropiedad en las imágenes, de oscuridad en el pensamiento. La imaginación, que de veras la hay, no pocas veces desvaría y se pierde, llegando a la oscuridad, a la hipérbole, cuando sólo busca buscaba la novedad y la grandeza. Esto en la alta poesía lírica, en la oda, diría yo, si aún subsiste la antigua poética. En la poesía íntima y elegíaca se encuentran los mismos defectos y, sobre todo, un amaneramiento en el decir y en el sentir, todo lo cual muestra en la poesía contemporánea una grave enfermedad que es forzoso combatir.

Sé bien que las escenas majestuosas de la naturaleza americana exigen del poeta imágenes y expresiones adecuadas. El cóndor que irrumpe desde los Andes, el pampero que barre los campos del sur, los grandes ríos, la selva virgen con todas sus magnificencias de vegetación. No hay dudas de que son paisajes que desafían el estro pero, por su misma grandeza, deben ser convocados oportunamente y expresados con sencillez. Ambas condiciones faltan en la poesía contemporánea y no es que falten modelos, que ahí están, para sólo citar tres nombres, los versos de Bernardo Guimarães, Varela y Álvares de Azevedo. Un único ejemplo bastará para demostrar que la oportunidad y la sencillez son perfectas para reproducir una gran imagen o expresar una gran idea. En *Os Timbiras* hay un pasaje en que el viejo Ogib escucha cómo le censuran al hijo, porque se aparta de los otros guerreros y vive solo. El discurso del anciano comienza con estos primorosos versos:

São torpes os anuns, que em bandos folgam,
São maus os caitius que em varas pascem:
Somente o sabiá geme sozinho,
E sozinho o condor aos céus remonta. (28)

Nada más oportuno ni más sencillo que esto. La escuela a la que aludo no expresaría la idea con medios tan simples, y haría mal, porque lo sublime es simple. Sería deseable que estudiara y meditara largamente este y otros modelos que la literatura brasileña le ofrece. Ciertamente, como dije, no le falta imaginación, pero ésta tiene sus reglas, el estro, leyes. Y si hay casos en se rompen las leyes y las reglas es porque se las hace de nuevo, es porque los nombres son Shakespeare, Dante, Goethe, Camões.

Indiqué los trazos generales. Hay algunos defectos peculiares a algunos libros, como, por ejemplo, la antítesis, creo que por imitación de Victor Hugo. No por eso creo que sea menos condenable el abuso de una figura que, si en las manos del grande poeta produce grandes efectos, no puede constituir objeto de imitación, ni, sobre todo, elemento de escuela.

Existe también una parte de la poesía que, justamente preocupada por el color local, cae muchas veces en una funesta ilusión. Un poeta no es nacional porque inserte en sus versos muchos nombres de flores o aves del país, lo que puede dar una nacionalidad de vocabulario y nada más. Se aprecia el color local, pero es preciso que la imaginación le de sus toques y que éstos sean naturales y no sin fundamento. Los defectos que resumidamente apunto no los tengo por incorregibles. La crítica los

enmendaría. A falta de ella, el tiempo se encargará de traer a las vocaciones las mejores leyes. Con las buenas cualidades que cada uno puede reconocer en la reciente escuela a la que me refiero, basta la acción del tiempo y, si mientras tanto apareciera una gran vocación poética, que se hiciera reformadora. Está fuera de duda que los buenos elementos entrarían en mejor camino y a la poesía nacional le quedarían las tradiciones del período romántico. (29)

EL TEATRO

Esta parte puede reducirse a una línea de puntos suspensivos. No hay actualmente teatro brasileño. No se escribe ninguna pieza nacional. Es rara la pieza nacional que se represente. Los escenarios de este país vivieron siempre de traducciones, lo que no quiere decir que no admitieran alguna obra nacional cuando aparecía. Hoy, cuando el gusto del público tocó el último grado de la decadencia y perversión, ninguna esperanza podría tener quien se sintiera con vocación para componer obras artísticas serias. ¿Quién las recibiría si lo que domina es la cantiga burlesca u obscena, el can-can, la magia aparatosa, todo aquello que se dirige a los sentidos y a los instintos inferiores?

Y aún para continuar con el teatro, tendrían las vocaciones nuevas algunos ejemplos no remotos, que mucho las habrían de animar. No me refiero a las comedias de Pena (30), talento sincero y original, a quien sólo le faltó vivir más para perfeccionarse y emprender obras de mayor aliento; ni tampoco a las tragedias de Magalhães y a los dramas de

Gonçalves Dias, Pôrto Alegre y Agrário (31), sino que recientemente, en estos últimos doce o catorce años, hubo tal o cual movimiento. Aparecieron entonces los dramas y comedias del Sr. José de Alencar, que ocupó el primer lugar en nuestra escuela realista y cuya obras *Demônio Familiar* y *Mãe* tienen méritos notables. (32) Enseguida aparecieron otras composiciones dignas de los aplausos que recibieron, tales como los dramas de los Srs. Pinheiro Guimarães, Quintino Bocaiúva (33) y algunos más. Pero nada de eso continuó. Inmediatamente, los autores se fastidiaron con la escena que poco a poco fue decayendo hasta llegar a lo que tenemos hoy, que es nada. (34)

La provincia aún no fue invadida completamente por los espectáculos de feria. Aún allá se representan el drama y la comedia, pero no aparece, que me conste, ninguna obra nueva ni original. Y con estas pocas líneas queda liquidado este punto.

LA LENGUA

Entre los muchos méritos de nuestros libros no siempre figura el de la pureza del lenguaje. No es raro ver intercalados en buen estilo los solecismos del lenguaje común, defecto grave, al que se agrega el de la excesiva influencia de la lengua francesa. Este punto es objeto de divergencia entre nuestros escritores. Divergencia digo, porque, si algunos caen en esos defectos por ignorancia o pereza, hay otros que los adoptan por principio, o más aún, por una exageración de principio.

Es indudable que las lenguas se aumentan y alteran con el tiempo y las necesidades de los usos y costumbres. Pretender que la nuestra se detenga en el siglo XVI es un error equivalente al de afirmar que su trasplante a América no le introdujo nuevas riquezas. Al respecto, la influencia del pueblo es decisiva. Hay, por lo tanto, ciertos modos de decir, locuciones nuevas que por fuerza entran en el dominio del estilo y ganan derecho de ciudadanía.

Pero si esto es un hecho incuestionable y si es verdadero el principio que de ello se deduce, no me parece aceptable la opinión que admite todas las alteraciones del lenguaje, aun aquellas que destruyen las leyes de la sintaxis y la esencial pureza del idioma. La influencia popular tiene un límite y el escritor no está obligado a recibir y dar curso a todo lo que el abuso, el capricho y la moda inventan y echan a rodar. Por el contrario, él ejerce también una gran influencia a este respecto, depurando el lenguaje del pueblo y perfeccionándolo.

Con las debidas excepciones, no se leen mucho los clásicos en el Brasil. Entre las excepciones podría citar, inclusive, algunos escritores cuya opinión difiere de la mía en este punto pero que conocen perfectamente a los clásicos. No obstante, en general, no se los lee, lo que constituye un perjuicio. Escribir como Azurara o Fernão Mendes (35) sería hoy un anacronismo insoportable. Cada época tiene su estilo. Pero estudiar sus formas más perfectas de lenguaje, desentrañar de ellos mil riquezas, que, a fuerza de viejas, se hacen nuevas, no me parece que se deba despreciar. Ni todo está en los antiguos ni todo está en los

modernos; con el patrimonio de unos y otros es que se enriquece la hacienda común.

Otra cosa de lo que yo quisiera persuadir a la juventud es que la precipitación no otorga mucha vida a sus escritos. Existe el prurito de escribir mucho y de prisa. Con eso se gana gloria y no puedo negar que es camino de aplausos. Se tiene la intención de igualar las creaciones del espíritu con las de la materia, como si ellas no fueran en este caso inconciliables. Aunque un hombre dé la vuelta al mundo en ochenta días, una obra maestra del espíritu precisa algunos más.

Concluyo aquí esta noticia. Imaginación vivaz, delicadeza y fuerza de sentimientos, gracias de estilo, dotes de observación y análisis, ausencia, a veces, de gusto, carencias, a veces, de reflexión y detenimiento, lengua no siempre pura, ni siempre copiosa, mucho color local, son, en líneas generales, los defectos y las excelencias de la actual literatura brasileña, que ya ha dado bastante y tiene un futuro indudable.

NOTAS

(1). "Notícia da atual literatura brasileira. Instinto de nacionalidade". Publicado por primera vez el 24 de marzo de 1873 en *Novo Mundo*, New York. [*Obra Completa*. 3ª ed. Rio de Janeiro: Aguilar, 1973, vol. 3, 801-9]. Para ubicar este ensayo en el contexto de formación y desarrollo de la obra de su autor ver: Jean Michel Massa. *A juventude de Machado de Assis. Ensaio de biografia intelectual*. Trad. M. A. de Moura Matos. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira/CNC, 1971. Raimundo Magalhães Júnior. *Vida e obra de Machado de Assis*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1981.

(2). Antônio Gonçalves Dias (Maranhão, 1823-Maranhão, 1864); Manuel José Araújo Porto Alegre (Rio Grande do Sul, 1806-Lisboa, 1879); Domingos José Gonçalves de Magalhães (Rio de Janeiro, 1811-Roma, 1882), fundador de la revista *Niterói* (1836) desde la cual lanza el movimiento romántico en el Brasil.

(3). José Basílio da Gama (Minas Gerais, ¿1741?-Lisboa, 1795); Fr. José de Santa Rita Durão (Minas Gerais, ¿1720?-Lisboa, 1784).

(4). El 7 de setiembre de 1822 el príncipe Don Pedro declaró la independencia del Brasil a orillas del arroyo Ipiranga, en las proximidades de la ciudad de São Paulo.

(5). *Uruguai* (1769), poema épico de Basílio da Gama; *Caramuru* (1781), poema épico de Santa Rita Durão.

(6). Tomás Antônio Gonzaga (Portugal, 1744-Mozambique ¿1812?).

(7). Nombre del Neoclasicismo en Portugal y en el Brasil, a imitación de la «Arcadia Romana».

(8). *Os Timbiras* (1857); «I-Juca-Pirama» (*Últimos Cantos*, 1851); «Tabira» (*Segundos Cantos e Sextilhas de Frei Antão*, 1848).

(9). Francisco Adolfo de Varnhagen (São Paulo, 1816-Viena, 1878). Diplomático, novelista, crítico e historiador; de gusto neoclásico y admirador de la cultura europea.

(10) Domingos José Gonçalves de Magalhães, *Opúsculos históricos e literários* (1865); Antônio Gonçalves Dias, *Brasil e Oceânia* (1852).

(11). João Francisco Lisboa (Maranhão, 1812-Lisboa, 1863), satírico e historiador.

(12). *Iracema*, novela, (1865).

(13). José Martiniano de Alencar (Ceará, 1829-Rio de Janeiro, 1877). Machado elogiará a Alencar en otros textos críticos.

(14). Bernardo Joaquim Guimarães (Minas Gerais, 1825-Ouro Preto, 1884). Joaquim Manuel de Macedo (Itaboraí RJ, 1820-Rio de Janeiro, 1882), autor de la novela *A Moreninha* (1844). Alfredo D'Escragnolle Taunay (Rio de Janeiro, 1843-Rio de Janeiro, 1899), autor de la celebrada novela *Inocência* (1872). João Franklin da Silveira Távora (Ceará, 1842-Rio de Janeiro, 1888).

(15). Obras teatrales de Gonçalves Dias: *Patkull*; *Beatriz Cenci* (1843); *Leonor de Mendonça* (1847); *Boabdil* (1860).

(16). Obras del escritor estadounidense Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882).

(17). ¿Taine?

(18). Posiblemente se refiera a la novela de Manuel Antônio de Almeida (Rio de Janeiro, 1831-Macaé, 1861), *Memórias de um sargento de milícias* (1852).

(19). Se refiere, obviamente, al Naturalismo. *Thérèse Raquin* de Zola había aparecido en Francia en 1867 y su serie *Les Rougon-Macquart* había comenzado a aparecer en 1871.

(20). Luís Caetano Guimarães Júnior, (Rio de Janeiro, 1845-Lisboa, 1898), autor de *Contos sem Pretensão* (1872).

(21). Machado venía publicando cuentos en revistas y periódicos desde 1858. En libro, a la fecha de este ensayo, *Contos Fluminenses* (1870) e

Histórias da Meia-Noite (1873).

(22). El propio Machado había ya publicado el año anterior su primera novela, *Ressurreição*.

(23). Manuel Antônio Álvares de Azevedo (São Paulo, 1831-Rio de Janeiro, 1852). Luís José Junqueira Freire (Bahia, 1832-Salvador, 1855). Casimiro José Marques de Abreu (Rio de Janeiro, 1839-Rio de Janeiro, 1860).

(24). Bernardo Guimarães había publicado como poeta *Cantos da Solidão* (1852) y *Poesias* (1865). Luego se dedicó al cuento y la novela.

(25). Luís Nicolau Fagundes Varela (Rio de Janeiro, 1841-Niterói, 1875).

(26). Antônio Cândido Gonçalves Crespo (Rio de Janeiro, 1846-Lisboa, 1883); Joaquim Maria Serra Sobrinho (Maranhão, 1838-Rio de Janeiro, 1888); Antônio Bandeira Trajano (Portugal, 1843-Rio de Janeiro, 1921); Antônio de Castro Alves (Bahia, 1847-Salvador, BA, 1871); Luís Caetano Pereira Guimarães Júnior (Rio de Janeiro, 1845-Lisboa, 1898); Carlos Augusto Ferreira (Porto Alegre, 1844-Rio de Janeiro, 1913); Lúcio Eugênio e Vasconcelos Drummond Furtado de Mendonça (Rio de Janeiro, 1854-Rio de Janeiro, 1909).

(27). *Miniaturas* (1870); *Quadros* (1873).

(28). "Son torpes los anís, que en bandas vagan, / Son malos los caítitus que en varas pacen:/ Solamente el sabiá gime solitario, / Y solitario el cóndor a los cielos se remonta."

(29). A la fecha Machado había publicado dos libros de poemas, *Crisálidas* (1864) y *Falenas* (1870).

(30). Luís Carlos Martins Pena (Rio de Janeiro, 1815-Lisboa, 1848). Fundador del teatro cómico brasileño.

(31). Agrário de Souza Meneses (Salvador, 1834-Salvador, 1863).

(32). *O Demônio Familiar* (1857); *Mãe* (1862).

(33). Quintino de Souza Bocaiúva (Rio de Janeiro, 1836-Rio de Janeiro, 1912).

(34). Machado ya había dado a conocer siete piezas, *Desencantos* (1861), *Queda que as Mulhees Têm pelos Tolos* (1861), *O Caminho da Porta* (1863); *O Protocolo* (1863); *Quase Ministro* (1864); *Os Deuses de Casaca* (1866); *Uma Odea de Anacreonte* (1870).

(35). Gomes Eanes de Azurara (¿1410?-¿1474?), sucesor de Fernão Lopes como cronista mayor de la Torre do Pombo; Fernão Mendes Pinto (¿1509?-1583) autor del libro de viajes *Peregrinação* (1614).

